


La bomba atómica: muerte en colores vivos

El aniversario número 63 de los bombardeos atómicos en Hiroshima y Nagasaki, inspira, como cada año, las ceremonias más emotivas de paz. Miles de crónicas periodísticas se han escrito sobre el recuento de aquellos episodios, y múltiples manifestaciones del arte latinoamericano se han unido al rechazo a las armas nucleares. En México, surgiría hace 40 años una de las obras de protesta más importantes sobre el tema, que tras una accidentada historia, cobra apenas en estos días un especial interés entre los japoneses  Silvia Lidia González *

Tokio, 6 de agosto. Por estas fechas, la memoria de los japoneses, que recuerdan el 63 aniversario del lanzamiento de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, tiñe aquella trágica experiencia de muerte, con tonos vivos del arte latinoamericano.

En la biblioteca de la dirección del Museo de la Paz de Hiroshima, llama la atención, entre cientos de libros que de alguna manera reflejan la experiencia atómica de la ciudad, apenas un volumen con título en español: *Cuaderno de Hiroshima*. Se trata de la compilación de 40 láminas del pintor venezolano Alirio Rodríguez, producto de una visita a Hiroshima, acompañadas con textos del poeta José Ramón Medina.

Aunque no se conoce en Japón, otro pincel venezolano había reflejado ya antes sus inquietudes sobre el significado de las armas atómicas. En su obra *La inmolación de Hiroshima*, el pintor andino Salvador Valero, también plasmó una escena "realmente cruenta, adolorida, con unas figuras lánguidas, lastimosas, horrorizadas ante la tragedia, el incendio, la sangre derramada", según ha descrito el investigador

Willy Aranguren, de la Universidad de Los Andes.

A éstas se unen otras tantas evidencias de que el tema atómico ha calado en la conciencia de los artistas latinoamericanos. Entre ellos, también los grandes muralistas de México, influyeron en la creación de una de las obras más importantes sobre el tema nuclear que, tardíamente se ha vuelto el centro de atención del arte japonés.

El mito mexicano

Mito del mañana, un gran mural hecho en México hace cuarenta años, se ha convertido en el emblema de grupos pacifistas que disputan su exhibición, mientras que entre los jóvenes japoneses se ha puesto de moda el reencuentro con la "explosión" de colores y formas del autor de esta obra: Taro Okamoto.

En el centro de Tokio, a unos pasos del famoso cruce de Shibuya, entre el desfile constante de transeúntes en todas direcciones, bajo llamativas luces de neón, y pantallas gigantes de alta definición, ahora se puede ver una gran pancarta. Es el anuncio de que ahí se exhibirá en el futuro el mural que Taro Okamoto realizó en México y que estuvo perdido durante 35 años.

"En el centro de Tokio, a unos pasos del famoso cruce de Shibuya, entre el desfile constante de transeúntes en todas direcciones, (...) ahora se puede ver una gran pancarta"

La obra *Asu no shinwa*, cuyo título se ha traducido como *Mito (omitología) del mañana*, ha sido comparada con el *Guernica*, de Pablo Picasso, como una monumental exhibición de los horrores de la guerra. Especialistas en arte han declarado en Japón que indudablemente los bombardeos atómicos son la inspiración temática de la obra, mientras que los escenarios mexicanos y la escuela de los grandes muralistas de este país, in-

fluyeron en su creación, según comenta el historiador Koichiro Yaginuma, quien realizó estudios en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En 1967 Okamoto fue a ver a su amigo David Alfaro Siqueiros, quien realizaba un proyecto especial para el complejo donde se construía el Hotel de México, en la Avenida Insurgentes de la capital. Tras conocer la creatividad del japonés, el empresario Manuel Suárez le encomendó la obra que se ubicaría en el lobby del hotel.

Este trabajo seguiría la tendencia del muralismo mexicano de plasmar inquietudes sociales y preocupación por los valores humanos, en espacios públicos, como lo hicieron el mismo Siqueiros, Diego Rivera y José Clemente Orozco, agrega Yaginuma, quien es también académico de la Universidad de Estudios Internacionales de Kanda.

La obra oculta

Taro Okamoto nació en 1911 en Kawasaki, una provincia al oeste de Tokio. Desde muy joven, tuvo contacto con las ideas surrealistas de André Breton. Estudió etnología en París, y participó con George Bataille en



Fragmento de la obra *Mito del mañana*



Fragmento de la obra *Mito del mañana*

la sociedad secreta de ideas antifascistas Acephale.

Okamoto regresó a Japón en los años 40, entre la soledad y la tristeza de la derrota bélica, donde surgió el impulso que lo llevaría a crear las obras abstractas y vanguardistas más importantes de este país, en el siglo XX. Tras su exploración como fotógrafo de las costumbres y rituales de diversos grupos sociales de Asia y América, viajó a México más de 30 veces, en los siguientes años.

Entre 1967 y 1969 se dedicó intensamente a concluir el mural de 5.5 metros de altura por 30 metros de longitud, cuyas siete piezas originales estaban sentadas en bases móviles. El artista sólo esperaba el día de la inauguración para acudir a firmarlo.

Por problemas financieros, la construcción del Hotel de México fue suspendida, y el empresario Manuel Suárez murió, lo que marcó el colapso del proyecto. La obra fue desmantelada y almacenada en algún lugar, que nunca se reveló. Casi tres décadas

después, en 1995, el espacio se recuperó como el centro de negocios y arte World Trade Center, donde permanecen las obras de Siqueiros.

Okamoto nunca tuvo más noticias del mural hasta el día de su muerte, en enero de 1996. Su hija adoptiva y compañera de vida, Toshiko, no entendía cómo una obra artística tan importante podía estar enterrada "como un descomunal esqueleto" en suelo mexicano, a lo que el artista respondía: "en París o en Tokio no me atrevería (a pensarlo)... pero los mexicanos son íntimos amigos de la muerte".

Reparación del mito

Tras una prolongada pesquisa Toshiko Okamoto recibió una llamada especial en septiembre de 2003: el mural había aparecido. Estaba en un depósito de materiales de construcción, en los suburbios de la ciudad de México.

La Fundación Okamoto así como un comité de 70 artistas, intelectuales y escultores japoneses, se

propusieron recabar los millones de dólares necesarios para la restauración y el traslado de la enorme y pesada obra, que sólo pudo exponerse después de la muerte de Toshiko, en el año 2005.

El Boom

Tras el descubrimiento del mural perdido, en los últimos años las librerías se han llenado de volúmenes sobre la vida y obra de este artista. Su famoso lema: "el arte es explosión" (*geijutsu wa bakuhatsu da*), ha marcado diversos ámbitos de la vida japonesa. Sus seguidores llevan camisetas con la leyenda "Be Taro", y buscan afanosamente los modelos de zapatos deportivos que la marca Adidas Adicolor lanzó al mercado. Los apasionados de la serie de manga y animación *Naruto*, han encontrado también la influencia de Okamoto en el personaje Deidara, uno de los enemigos del protagonista, que realiza figuras con arcilla explosiva.

Otras de sus obras famosas en Japón son la *Torre del*

Sol, emblema de la exposición mundial de Osaka en 1970, así como esculturas diversas en las zonas comerciales de Ginza y Omotesando, en Tokio.

En un programa especial, la televisora Nihon Terebi, reitera el origen mexicano del famoso mural y las impresiones que Okamoto manifestó tras visitar mercados, cementerios, ruinas arqueológicas, y acudir a celebraciones del día de muertos y otras festividades: "el arte es la fuerza del sol".

Le parecía que en México había un brillo especial: "los sonidos, los colores, los rostros de la gente... todo brilla como el sol", apuntaba entonces Okamoto. El libro *Del tratado al tratado*, publicado en conmemoración de las relaciones México-Japón, reproduce la cita que revela la fascinación del artista por este país: "los mexicanos han estado copiándose desde hace miles de años".

La Fundación Okamoto resume así el pensamiento que inspiró al pintor: "El mañana es un mito ante la

proliferación de las armas nucleares y los momentos de crueldad y tragedia". El mural expone en colores primarios brillantes un esqueleto carbonizado, bajo un hongo de humo, mientras algunas personas buscan escapar de la explosión. Es una obra que concentra la inspiración de los colores latinoamericanos, la escuela de los grandes muralistas de este país y la preocupación por un tema social que ha marcado la historia de Japón, y los valores de la humanidad: las explosiones atómicas.

* Doctora en Historia Japonesa por El Colegio de México y profesora de la Universidad de Estudios Internacionales de Kanda, Japón. Autora del libro *Hiroshima: la noticia que nunca fue*.